

UN PALIQUE SOBRE VALENTIN MURILLO

POR:
ALFONSO CALDERON

Alguien sugirió que el último cuarto del siglo XIX fue algo muy similar a un "pequeño siglo de oro". Los últimos resabios del drama romántico -del que fueron ejemplos notorios, JUANA DE NAPOLES, de Sanfuentes; y la versión libre de TERESA, de Alejandro Dumas- podían aún notarse; pero en vez de situarse en cuestiones programáticas, el romanticismo derivaba ya hacia el uso del cuadro de costumbres (como puede advertirse en los textos de Antonio Espiñeira, de Mateo Martínez Quevedo o de Román Vial) y hacia el empleo de tesis que indicaban el advenimiento del drama realista y de la comedia de clases.

Valentín Murillo (1814-1896) gozaba de prestigio como novelista postromántico, con toques de realismo. En EL SOMBRERO DE PAJA -una de sus mejores narraciones- había dado un clima delicioso que permite entroncarlo con la tradición primeriza de Elest Gana y con los atisbos del orden cursi que los Alvarez Quintero, en España, llevaron a la culminación escénica. Todo el país -que era Santiago y, en contadas ocasiones, Valparaíso y

Copiapó- vivía algo parecido a la aclimatación de las artes. Eugenio Pereira Salas, en su HISTORIA DE LA MUSICA EN CHILE ha resumido así el instante en que Murillo comienza a triunfar como autor teatral:

"Ansias de progreso se advierten por doquiera en el ambiente; el teatro recibe vigorosos impulsos internos del influjo del estilo dramático italiano que divulgan los grandes trágicos que nos visitan, Ernesto Rossi y Adelaida Ristori. El sortilegio del teatro francés lo trae la figura legendaria de Sarah Bernhardt y, además, el país se estremece con el impacto retórico del drama español que anima Rafael Calvo. Estos estímulolos conjugados hacen surgir una multiforme y constante población teatral. Para satisfacer estas necesidades culturales se levantan los espacios arquitectónicos de numerosos tablados escénicos".

El arribo a Chile de numerosas compañías francesas e italianas y de los maestros del arte escénico español, la aparición de grandes divos de la ópera, los constantes concursos dramáticos, la conciencia casi profesional que comienzan a asumir los artistas nacionales, la contribución de los periódicos y revistas literarias, en las que ya se admiten las obras de los autores teatrales "completas" (Barros Grez, Espiñeira, Vial, Murillo, etc.); la doble vertiente teatral -dirigida hacia el público de clase alta y, mediante el sainete o la pitipieza, hacia el público más próximo al pueblo- conciertan una atmósfera propicia para el resurgimiento de ese arte propiamente nacional, postulado

por José Victorino Lastarria en su DISCURSO.

De las obras de Murillo, sin duda la más relevante es EL PATIO DE LOS TRIBUNALES (1871), una comedia en un acto que combina, en relieve, el problema derivado de las trapacerías de los tinterillos y de las marañas que trama la ley para permitir que, convenientemente embobados, los clientes vean eternizarse sus litigios y, en el mejor de los casos, algún día puedan llegar a resolverse.

Por otra parte, tomando pie en la modalidad costumbrista, la cual es -según Henríquez Ureña- el puente de plata que une el romanticismo con el realismo, Murillo aprovecha la oportunidad para componer una tipología y para iluminar con claroscuros dramáticos y cómicos un ambiente, el de los tribunales.

Sin duda, el rol de Valentín Murillo en el campo escénico es inferior al de su narrativa, pero, de algún modo, se hallan en su teatro (que comprende otras obras como LA NOCHE DE TEMPESTAD, 1882; LOS DOS PRIMOS, 1882; LA PRECAUCION INUTIL, 1882, y NO MAS CONCON NI PLACILLA, 1895) los elementos básicos de índole tipológica y de estudio de situaciones, superiores a su feble sentido de la escena, necesarios para entender el desarrollo del arte dramático en Chile como un "continuo".